



Ilustración: Daniel Tacho



ROBERT WALSER

SUS NOVELAS

De Robert Walser no sabía nada, o casi nada, pero sentía mucha curiosidad por sus libros. El origen de esa curiosidad era una imagen: la de un hombre mayor tumbado entre la nieve. El hombre estaba muerto. A su alrededor no había nada más que bosque, silencio y la rara soledad de la nieve que cae. A veces, cuando iba a la librería, hojeaba sus libros. No recuerdo nada más. Tal vez sólo imaginaba que ese hombre menudo me estaba esperando en algún lugar para decirme algo.

En esa época no conocía la nieve. Tiempo después -no sé cuánto tiempo después- lo hice y me pareció (como a todos) que el mundo se hacía más lento. Me acordé de

aquel hombre y en su imagen me pareció ver una de las formas menos terribles de morir: caer sin conciencia sobre la nieve; sentir apenas cómo el cuerpo se congela; entrever, casi al final, un pedazo de cielo despejado. Pero yo sólo sabía que aquel hombre había sido encontrado sin vida entre la nieve. Lo demás era pura nostalgia, es decir, pura imaginación.

El hombre muerto era Robert Walser (1878-1956), escritor suizo en lengua alemana, quien, durante los últimos veintitrés años de su vida, de 1933 a 1956, permaneció recluido en el sanatorio mental de Herisau, una pequeña ciudad suiza perdida entre las montañas. Dicen que, durante ese largo tiempo, ya nunca volvió a escribir. Parece que se dedicó a vivir como un interno más: se levantaba temprano, ayudaba con las tareas de limpieza, tomaba sus medicinas, leía y daba largos paseos por los caminos y pueblos de los alrededores.



Debió ser un hombre triste con una vida difícil: el tipo de escritor que a los profesores y lectores “cultos” de literatura les encanta transformar en héroe.

Según el escritor Carl Seelig, Walser era un caminante decidido. Iba siempre con traje, sombrero y paraguas. Tenía la sorprendente costumbre de no interrumpir sus paseos durante el invierno. Entonces se le veía igual: traje (sin abrigo), sombrero y paraguas. Su aspecto y su mirada eran de lo más común, aunque algunas fotografías revelan en él cierta obstinación. No la obstinación de los satisfechos, sino la de los poetas, con sus vidas desmesuradas.

Ese hombre, a quien me fueron acercando nada más que indicios: una sospecha, un párrafo inventado, el recuerdo de una imagen, nunca tuvo residencia fija, a no ser el sanatorio de Herisau. No fue tampoco un gran viajero. Vivió entre Suiza y Alemania, con pocas pertenencias, casi siempre en habitaciones de alquiler, empleándose en oficios varios y escribiendo poemas y prosas breves que a veces se publicaban en los periódicos. Debió ser un hombre triste con una vida difícil: el tipo de escritor que a los profesores y lectores “cultos” de literatura les encanta transformar en héroe. En héroe inofensivo, por supuesto. Ya nadie corre hoy (yo tampoco) muchos riesgos.

Al final, en un cuarto frío y oscuro (la casa era vieja), leí por primera vez -de principio a fin- un libro de Walser: El paseo (relato). Y luego La rosa (prosas breves). Y luego sus misteriosas, absurdas, delirantes y, a su modo,





Leer puede ser una de las formas de la felicidad. Creo que, durante el tiempo que pasé leyendo esos extraños libros, fui feliz.

trágicas novelas: Los hermanos Tanner, Jakob von Gunten, El ayudante y El bandido -así, en ese orden.

Otro escritor en lengua alemana, W. G. Sebald, se refirió a la dificultad de recordar, después de haberlos leído, de qué tratan los libros de Walser. Si me lo preguntaran, yo tampoco sabría decirlo. Sólo recuerdo que son historias sin grandes gestos ni pasiones. Novelas sobre nada: personajes insignificantes, cómicos e indecisos, pero de pies y alma ligeros. Y recuerdo también (los copio enseguida) sus deslumbrantes comienzos.

Uno es sobre un hombre joven que camina mucho y habla sobre sus hermanos, un hombre que reflexiona sobre su destino, risueño, decidido. (“Una mañana, un joven de aspecto adolescente entró a una librería y pidió ser presentado al dueño. Hicieron lo que deseaba. El librero, un hombre mayor y de muy venerable porte, clavó una penetrante mirada en

el personaje algo tímido que tenía delante y lo invitó a que hablase”. Los hermanos Tanner, 1907).

Otro es también sobre un hombre joven que ha caminado mucho, un hombre que (como el anterior) reflexiona sobre su destino, valiente a su manera, obstinado. (“Una mañana, a las ocho, un joven se detuvo ante la puerta de una casa solitaria y de aspecto elegante. Llovía. ‘Estoy casi asombrado’, pensó, ‘de haber traído el paraguas’. Pues nunca había tenido uno en años anteriores”. El ayudante, 1908).

El que le sigue es sobre un hombre joven que asiste a un internado de locos, o mejor, de gente común que está loca o de gente loca que es como la gente común. (“Aquí se aprende muy poco, falta personal docente y nosotros, los muchachos del Instituto Benjamenta, jamás llegaremos a nada, es decir que el día de mañana seremos todos gente muy modesta y subordinada”. Jakob von Gunten, 1909).

El otro es sobre un hombre malo que no ha hecho nada malo, un hombre pensativo, vacilante, loco. (“Edith lo ama. Luego volveremos sobre ello. Tal vez no tendría que haber trabado relación con ese inútil sin dinero”. El bandido, escrita en 1925, pero publicada de manera póstuma en 1972).

Leer puede ser una de las formas de la felicidad. Creo que, durante el tiempo que pasé leyendo esos extraños libros, fui feliz. Ese

tiempo, ahora, no es más que un recuerdo. No tengo ninguna prueba de él: ni un diario, ni una foto, ni un testigo. Pero nada de eso importa: cada vez que pienso en Robert Walser y en sus libros, veo la imagen de un hombre ya no tan joven, tumbado en una cama, en un cuarto frío (o tal vez no), pensativo, iluso, con un libro en las manos, un hombre que, de pronto, se distrae y mira hacia la pequeña ventana de su cuarto por donde entra una luz débil, y respira, y mira, y respira, y mira, y entonces es simplemente feliz, pero no lo sabe: entonces siente algo que se parece mucho a esa luz débil que entra por la ventana. Leer a Walser aligera el alma y los pies.



Felipe Vanderhuck
(1978)

Profesor universitario. Autor del libro *La literatura como oficio*: José Antonio Osorio Lizarazo 1930-1946 (Medellín: La Carreta, Universidad Icesi, 2012).